

## LA RIQUEZA DE LA HETERODOXIA

### *THE WEALTH OF HETERODOXY*

Delia Aguiar Baixauli

Florentino Aláez Serrano (Ed.) (2014): *San Juan de la Cruz y el misticismo herético*, Dionysianum: Madrid.

Si bien el conocimiento de la religión cristiana sin el conocimiento de la mística como experiencia religiosa sería imposible, también sería imposible el conocimiento de nuestra historia sin tener en cuenta a ciertos personajes que protagonizaron ésta, en concreto en el s. XVI, como Teresa de Jesús o Juan de la Cruz. A través de ellos podemos conocer una parte importante de nuestro pasado y el origen y las influencias de muchas corrientes literarias posteriores, tanto poéticas como narrativas, que ya conforman la esencia de nuestro carácter y nuestro espíritu.

El libro de Florentino Aláez se centra en Juan de la Cruz, figura con una biografía poblada de vicisitudes y acusaciones de herejía, persecuciones y procesamientos. De alguna manera, su doctrina se vinculaba con la de los alumbrados, y llegó a ser procesado por la Inquisición, aunque nunca condenado. Su obra no vio la luz hasta después de su muerte, y de las causas de ello, así como de las falsificaciones a las que ésta fue sometida, da cuenta el riguroso estudio que aquí presentamos.

¿Era realmente herético el misticismo de Juan? A responder esta cuestión se encamina este libro de mística comparada, libro que, desde mi punto de vista, posee dos virtudes fundamentales: por un lado, la imparcialidad y la objetividad que mantiene en todo su desarrollo, fiel a la neutralidad de la historia de las religiones, sin realizar cuestionamientos o valoraciones del hecho religioso, y, por otro lado, la exhaustividad y la riqueza de los datos históricos y filosóficos. Esta meta, que el propio autor reconoce haberse impuesto, es lograda con creces.

A través del análisis sobre los distintos aspectos de la mística de Juan y de los alumbrados, como el quietismo y la contemplación adquirida —mediante la

meditación— entre otros, Florentino Aláez ofrece un detallado estudio sobre los aspectos más controvertidos de las diferentes corrientes místicas, contraponiendo siempre ortodoxia y heterodoxia, pues tras estos dos conceptos ha regido la historia, la cual nunca debe dejarse a un lado.

En el capítulo titulado «Mistagogía» encontramos un excelente análisis de la problemática de las mediaciones y el quietismo, que nos sitúa de inmediato frente a la cuestión que se plantea: las diferentes maneras de llegar a la experiencia mística. El misticismo herético rechazaba los sacramentos, las imágenes y las oraciones, y buscaba el amor divino inmediato, con el desprecio que supone esto hacia la Iglesia Institucional. Pero también era necesario un minucioso análisis del quietismo como *dexamiento*, que tenía una importancia capital en la doctrina mística de Juan de la Cruz y en los alumbrados —como suspensión de las obras, como pasividad y ociosidad frente a los trabajos de caridad, los actos de mérito, las mortificaciones, etc.—, y como suspensión de los pensamientos durante el camino a la contemplación, incluida la meditación sobre la Pasión de Cristo, lo que, como subraya el autor, captó la atención de los Inquisidores y, probablemente, creo yo, de los jesuitas, porque iba contra el proceder de sus ejercicios espirituales.

Una vez aclaradas estas cuestiones brevemente, y mencionando solo las más significativas, no podía faltar en el trabajo de Florentino Aláez un capítulo dedicado a Dios, que ofrece la aparentemente contradictoria concepción de Dios en el misticismo herético. Desde éste, Dios es a la vez trascendente e inmanente. Sin embargo, el autor desenmascara este problema de la mano de K. C. Krause y su noción de «panenteísmo», que no es lo mismo que «panteísmo», al afirmar que todo el mundo es Dios, pero no todo Dios es el mundo, lo que dejaría intacta la trascendencia del ser supremo. Aláez destaca que en el Dios de Juan hay trascendencia, pero no resulta tan claro que haya inmanencia. Una revisión atenta de la obra del místico le lleva a concluir que la distancia de éste con los alumbrados en el mencionado punto es clara, porque, para el místico, entre creador y criatura hay una gran distancia, aproximándose aquí al pensamiento de Eckhart.

Por medio de esta metodología comparativa, Florentino Aláez va mostrando una serie de coincidencias y diferencias que le llevarán a concluir que, si bien existen rastros de heterodoxia en Juan, no se puede afirmar que la heterodoxia sea completa. Los dos capítulos siguientes, dedicados a la unión y al amor, respectivamente, nos muestran la problemática y la esencia misma de la mística, nos adentran en el panorama de la posesión divina que, como señala

el autor, tiene sus orígenes en Grecia y es común tanto al misticismo herético como al ortodoxo. Adquieren especial importancia el éxtasis y la deificación, la transformación del alma en Dios. La deificación se analiza también en los alumbrados y se contrapone con la de Juan en sus diferentes obras. El autor señala cómo esta deificación se convierte en herética cuando se confunden la esencia del alma con la de Dios, porque se cae en el mencionado panteísmo, elemento profundamente herético que procede del neoplatonismo. La *participación* de la que habla Juan —se llegaría a ser Dios por participación—, no siempre es constante en sus escritos, porque, como muestra Florentino Aláez, en algunos lugares de su obra Juan escribe a veces que en el éxtasis «todo es uno».

El análisis del amor como eros y no como ágape muestra el lado más erótico del misticismo, incluso del misticismo ortodoxo. Las recopilaciones históricas que se ofrecen en este capítulo nos muestran los excesos amorosos que se vivían entre los alumbrados de Extremadura, entre otros, así como del deseo de Dios, no como acto libre, sino involuntario, como pasión que se enciende con el fin de gozar de Dios. El autor establece aquí un interesante paralelismo con el epicureísmo, presente en estos místicos españoles, pero también con el estoicismo y con Séneca, en la despreocupación ante la adversidad, así como los rastros del Siglo de Oro en Juan de la Cruz en la voz de Garcilaso, pero también del Renacimiento. Aláez satisface sobradamente las expectativas de un lector exigente y desentraña a fondo los orígenes de las vivencias místicas y de sus descripciones, advirtiéndole que la concepción del amor en Juan coincide con la de los alumbrados: es eros y no ágape, no es amor puro sino unión erótica, hay lujuria y deseo carnal en la contemplación.

Dos puntos interesantes del último capítulo, titulado «Libre espíritu», nos adentran en la cuestión de la negación del infierno y en la impecabilidad. Explica el autor que el misticismo herético medieval, y en concreto los alumbrados, negaban el infierno. El origen de esta negación, situada por Florentino Aláez en Orígenes y en Gregorio de Nisa, nos muestra cómo de nuevo Juan se aleja de ellos en este punto, pues él no niega la existencia del infierno. Desde la impecabilidad se cuestiona la posibilidad de pecar cuando se ha alcanzado cierto grado místico de perfección, pues el alma unida a Dios no puede querer otra cosa que lo que Dios quiera, y, por otro lado, la impecabilidad se justifica desde el sentido de que el alma en tal estado no está sujeta a las normas morales, aunque en la obra de Juan no se encuentre ninguna mención a la impecabilidad.

En definitiva, y habiendo destacado algunos, sólo algunos, de los problemas que se tratan en este libro y el ágil proceder de su mecánica, queda en manos del lector situar a Juan en un lado o en otro, en la ortodoxia o en la heterodoxia; nadie debería olvidar que el máximo «hereje» de todos los tiempos fue Lutero, como nos recordaba J. L. López Aranguren, pero aquí se deja abierta la posibilidad a ambas opciones. Quien se incline por una de las dos lo hará, al menos, desde el conocimiento riguroso de la doctrina y desde el conocimiento de las causas, y no solamente a partir de la obra de Juan, sino de los variopintos e influyentes personajes que circularon en aquella época y que aquí se retratan en un escenario verdaderamente logrado. Por desgracia, la Inquisición acabó con algunos de ellos, como con Margarita Porete, quedando sus escritos como un testimonio del que se hace cargo este trabajo.

Por otro lado, en este libro asistimos a una de las polémicas que, creo, se arrastran en cierta manera hasta el día de hoy, y a la que el propio Ortega dedicó un artículo: mística o teología; pero también a la contraposición entre racionalismo e irracionalismo, razón y sentimiento o, incluso, me atrevería a decir que aquí se ofrecen, en parte e indirectamente, las raíces o el primer germen de la polémica entre arte y filosofía, si entendemos el arte como revelación o sencillamente como embriaguez, como éxtasis de los sentidos en la creatividad al contemplar la Idea, problema del que se han ocupado tantos autores posteriormente, desde Schiller hasta Zambrano.

Quizá la mística sea para unos pocos llamados por Dios, pero es esfuerzo de todos comprenderla e incluirla en la riqueza cultural de un país. Ya decía Aranguren en su Prólogo a la primera edición de *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* que «las heterodoxias son la sal que mantiene el frescor de una Iglesia siempre demasiado preocupada por la *des-composición* y siempre demasiado poco preocupada por su verdadero peligro, el de la *descomposición*, el de la dogmática cerrazón de todas las puertas y ventanas, el de la asfixia del pensamiento y de la libertad». Es por ello que el libro de Florentino Aláez supone una puerta abierta a la reflexión y al conocimiento de la heterodoxia en su versión más enriquecedora.